

PRESENTACIÓN: BELLEZA Y NATURALEZA

Fernando Calderón y Adrián Pradier
Universidad de Valladolid

La belleza y la naturaleza son dos asuntos que parecen encontrarse en la mejor armonía. No en vano, la primera residencia de lo bello fue la naturaleza, y las primeras formas de apreciación de la belleza ocurrieron mucho antes de que el ser humano se sintiera cautivado por el esplendor decadente de un atardecer o el verdor de una campiña respuntada de flores. La belleza hermo­seaba el mundo cuando los humanos aún no habían comenzado a decorar sus habitaciones rupestres o a fabricarse sus primeros abalorios. Era ya un ingrediente añejo de la naturaleza cuando por fin nos decidimos a ponerle nombre y buscamos remedarla en nuestra labor artística; antes, desde luego, de que la ciencia y la tecnología revelasen su presencia en los pliegues más ocultos de la realidad.

Desde el primer día, la naturaleza se mostró pródiga en la exhibición de realidades bellas. Aún no había palabras para expresar la turbación ante la belleza, y esta medraba ya por todas partes. Por decirlo así, la naturaleza no esperó a que el hombre irrumpiera en el escenario del mundo para inaugurar su relación con lo bello, ni desistió de la belleza después. Y, pese a ello, es innegable que la participación del ser humano en la trama de la existencia universal trastornó el común discurrir de las cosas, también de la belleza, cuya historia (no su prehistoria) empezaría a escribirse solo entonces.

Aunque sin intermisión ni ruina, la belleza ha perdurado en la historia humana como una realidad fluente y móvil. No hay en ella nada de absoluto, nada de constante y definitivo. Variable en su condición, su realidad es, sin embargo, siempre triunfante y de igual y feliz fortuna: si lo feo provoca el desvío de la mirada, lo bello la retiene y fija. No hay en la apreciación de las cosas bellas episodios de indiferencia o desafección, pero las cosas bellas lo son solo contingentemente. Sus formas y colores pueden no cambiar, sus he­churas pueden ser las mismas y, pese a ello, no merecer del hombre un aprecio firme y perdurable. La experiencia de lo bello es tan perenne y universal como resulta mudable y formidablemente heterogénea.

La característica cultural del ser humano ha intervenido sobre la belleza de una forma traumática. Si existe la belleza como valor objetivo, si existe de forma que, con respecto a ella, resulte pertinente adoptar la perspectiva de cierto objetivismo axiológico, lo cierto es que el hombre puede negarla o ignorarla por más que realmente exista. Son factores culturales los que cambian el semblante de las cosas y provocan la mudanza de lo bello. A la postre, tal vez sea el cultivo esmerado de nuestra subjetividad el motivo de que, con frecuencia, desarraiguemos la belleza del mundo natural y la celebremos como una conquista y pertenencia exclusivamente humanas. Si es así, entonces habrá corrido la misma suerte que cosas tales como la inteligencia o la sensibilidad.

Los artículos que integran este número de *Estudios Filosóficos* están dedicados a explorar las relaciones entre la belleza y la naturaleza. Son aproximaciones no exhaustivas y, en conjunto, componen un ejercicio coral de voces muy distintas. En efecto, las perspectivas e inquietudes expuestas rara vez presentan elementos coincidentes, circunstancia que se explica por la muy diversa formación intelectual de los autores. Menudean por estas páginas –sucedándose casi siempre y solapándose alguna vez– los discursos de la física, la poesía, la estética, la ecología, la literatura y hasta la antropología, sin que ninguno de esos discursos adopte el enfadoso tono de la autoridad. Las contribuciones se hallan en una relación de enriquecimiento recíproco. No hay declaraciones unilaterales o excluyentes, sino siempre complementarias pese a la pluralidad de acentos y miradas.

El primer artículo, firmado por el catedrático de ecología Jaume Terradas, examina la belleza en términos de forma y función. Su estudio muestra que nuestra percepción de la belleza resulta de la advertencia de construcciones armónicas, construcciones que la naturaleza ofrece por doquier y que el arte imita con peor o mejor fortuna. La proporción áurea se ofrece como un ejemplo de regularidad admirable, pero no es el único. Formas complejas refractarias a la geometría euclídea exhiben ejemplos fascinantes de estructuras cuya apariencia de irregularidad oculta repeticiones siempre iguales, fractales que, lejos de resultar caprichosos, responden a procesos adaptativos complejos. Y otro tanto podría decirse de los “caracteres vagos”: formas, colores, texturas, etc. Comúnmente malmirados por su condición lábil y variable, estos caracteres no son excedentarios ni inútiles. Más bien al contrario, responden a funciones precisas e intervienen de manera fundamental en el entramado de las relaciones ecológicas. Según esta perspectiva, la belleza tendría además característica de universalidad, ya que estaría presente en todas partes: en las simetrías de las diatomeas, o en los radiolarios –especie de protistas ameboides que tanto fascinaban a Ernst Haeckel–, pero también, más arriba y donde solo el telescopio llega, en nebulosas, supernovas y estrellas de neutrones. El mundo percibido como una totalidad, pero como una totalidad cuyo esplendor no vemos solo porque proyectamos sobre el mundo una mirada utilitarista

y obscenamente antropocéntrica. Contra el dominio ya multiseccular de esta tendencia, el contrapunto de pensadores como Spinoza, Thoreau, Leopold o Muir o de pueblos amenazados por los cálculos y apremios de la civilización occidental.

Una de las problemáticas más controvertidas de los últimos años en Estética, tanto por número de publicaciones como por la variedad de posiciones enfrentadas, se sitúa en el territorio de la belleza funcional y su posible restauración. Históricamente, la tendencia en la teoría de la belleza ha consistido en aislar su conceptualización en términos de autonomía: bello es lo que, conforme a su propia normativa, genera un placer estético singular y distintivo por conformar una satisfacción caracterizada por el desinterés. Kant añade el rasgo de que el juicio de gusto, cuando la belleza es deducida a partir de la categoría de la relación con los fines, sanciona la forma de finalidad de un objeto en cuanto es percibida en él sin la representación de un fin: en otras palabras, el juicio sobre lo bello, fundado sobre una base de determinación subjetiva, fija su atención en la forma de finalidad del objeto con independencia de los fines por cumplir o las funciones por satisfacer. La atención a la utilidad ni es suficiente, ni es necesaria, al constituir otro tipo de satisfacción lógicamente interesada. Ahora bien, el propio Kant plantea la distinción entre dos tipos de belleza, libre y adherente. En esta última la satisfacción de ciertos fines parece constituir una condición necesaria para el juicio sobre lo bello, posición que en las últimas décadas ha sido revisitada por algunos autores que han intentado restaurar la satisfacción de funciones como un criterio determinante en la elaboración de juicios sobre lo bello. Contrariamente a esas posiciones, Thomas Heyd propone, con especial apego al original alemán de la *Crítica del Juicio*, una lectura de Kant en la que se demuestra que la percepción de los fines puede constituir un factor psicológico capaz de colaborar en la elaboración del juicio estético puro, pero donde ni el criterio de la perfección, ni el de la utilidad entran a formar parte del mismo, lo que permite salvar su integridad original.

Carlos de Castro, físico de la Universidad de Valladolid, adopta también una perspectiva holista en su consideración de la belleza. Crítico con la especialización, convencido de que la creciente profesionalización de las disciplinas fomenta la proliferación de perspectivas deficientes, su aportación surge de la confluencia de elementos multidisciplinares. En buena medida, la lógica de su discurso responde a su comprensión de la biosfera como un conjunto de partes conexas y recíprocamente implicadas. De Castro recupera la teoría de Gaia desarrollada por Lovelock y Margulis, pero lo hace solo para ofrecer de ella una desviación genuinamente personal y desprendida de adherencias mecanicistas y neodarwinianas. No acepta la idea de Gaia homeostática y propone en su lugar una Gaia inspirada en la filosofía organicista, la misma que habría quedado sepultada por los hitos del pensamiento cartesiano y sobre

cuyos despojos habría prosperado el neoliberalismo económico. Con la naturaleza menoscabada por efecto de una actitud irreverente, la belleza habría perdido con el cambio, mercantilizada como todo lo demás. Hace falta, nos dice, crear una nueva mitología. No basta con apostar por tecnologías más verdes o fomentar una economía circular. Mientras el hombre no renuncie a su condición de centro y medida de las cosas, mientras no logre reconciliarse con la naturaleza, mientras su cosmovisión lo mantenga en la fantasía de su grandeza, resbalará por la pendiente que conduce al aniquilamiento. Urge destronar al *Homo transgressor* y entronizar en su lugar al *Homo gaiano*.

No se alejan de estas consideraciones Luca Valera, profesor de filosofía de la Universidad de Valladolid, y Emanuela Giorgianni, doctoranda de la Università degli Studi di Messina. Su paseo por la filosofía ambiental arranca de apuntes de naturaleza histórica. El ser humano –nos dicen– habría mantenido con la naturaleza una relación ambivalente: primero de temor y reverencia; después, tras la revolución científica, de dominio y desdén. Si antes hubo alianza, luego fractura y discontinuidad. Cuando el ser humano dejó de ser uno con la naturaleza, surgió en él un sentimiento de desamparo. Lo amortiguó y apartó de sí volviendo a ella no para reintegrarse en su seno, sino para sojuzgarla y humillarla. Su voluntad de dominio trajo consigo el desencantamiento del mundo. La brutalidad de nuestra especie lo volvió grosero y exento de cualquier valor respetable, lo expuso a la devastación y a la ruina, ruina a la que los propios hombres se veían arrastrados sin quererlo. Esos antecedentes resultan necesarios para comprender el impulso que han cobrado las propuestas de la ética ambiental, algunas de ellas de inconfundible orientación estética. De Leopold a Stengers, pasando por Naess, Prigogine o Morin, todos ellos ponen el acento en la consideración de la belleza natural como instancia evaluativa de nuestra acción en el mundo. Algo es correcto si preserva la belleza de la biosfera, ventajoso si resuelve el conflicto en alianza, digno de aprecio si restaura el sentimiento estético y lo devuelve al espacio de la sensibilidad humana, valioso en fin si amplía y modula generosamente nuestra comprensión de la belleza, medida sin la que podríamos sentirnos tentados de arrebatrar al mundo natural los rasgos que peor se prestan al orden y la regularidad que tanto nos reconfortan.

El trabajo de Angélica Velasco, filósofa de la Universidad de Valladolid, discurre por la senda del ecofeminismo. Como los tres anteriores, también ella se lamenta de la actuación disruptiva del ser humano en los procesos naturales. A su juicio, la frenética lapidación de la naturaleza respondería a una actitud eminentemente antropocéntrica. Incapaz de comprender los ecosistemas como entidades dotadas de autonomía funcional, el hombre habría considerado conveniente intervenir en ellos, arbitrarlos según sus intereses propios y conducirlos según su voluntad más egoísta. Esa filosofía de la dominación y de la violencia habría desencadenado una espiral de sufrimiento en

los animales, a quienes habría correspondido igual destino que a las mujeres. En efecto, una de las señas de identidad del androcentrismo descansa en la consideración de que las mujeres pertenecen a la naturaleza, a la animalidad, que no son sujetos-de-una-vida. Objetos por tanto como todo lo demás, estarían a merced del único sujeto capaz de tomar sus propias decisiones y actuar con confiada libertad. La belleza de los cuerpos femeninos podría, en consecuencia, comprenderse como artículo de consumo, del mismo modo en que la belleza de los animales se exhibe en la forma de trofeos de caza, piezas de coleccionismo o ejemplares enjaulados.

Alicia Andrés Ramos, representante de la flamante literatura de la naturaleza, concede al asombro un lugar preponderante en nuestra relación con lo bello. Su contribución a este número describe el asombro como una habitación interior cuyas puertas –descorridos los cerrojos que las cierran– recibirían el mundo de la naturaleza con serena y plácida hospitalidad. Hay un estremecimiento hondo, un entusiasmo que resulta de la dilución del yo en lo que hasta entonces se ha mostrado, aun en su cotidiana presencia, como una fuerza huidiza y evanescente. En este ejercicio de fusión con lo contemplado, Ramos pondrá el acento en la tradición poética del haiku y en la práctica del “shinrin-yoku” o baño de bosque, originarias las dos del país del sol naciente. Versos enhebrados con los dedos de una sensibilidad muy fina, dedos ejercitados en la frecuentación silente de las impresiones sensoriales actúan con portentosa eficacia en el desvelamiento de la belleza, como también lo hacen los paseos en un bosque si se busca no el simple y despreocupado distraimiento, sino por una vez lo sagrado que habita en ellos. Inclinación por lo salvaje en coincidencia, por cierto, con toda una literatura –“literatura de intemperie”, anota Ramos– cuyos cultores (Emerson, Thoreau, etc.) encontrarán el espacio de su creatividad en los grandes escenarios americanos de la naturaleza imperturbada.

Oriente, Japón de nuevo, ocupa un papel protagonista en el artículo de Aina S. Erice, bióloga e investigadora independiente. Convencida de que existe una base biológica para cada una de nuestras preferencias estéticas, su interés reside menos en elucidar los rasgos evolutivos responsables de nuestras inclinaciones compartidas que en aclarar el impacto que los componentes culturales ejercen sobre esas mismas inclinaciones. En este sentido, la filosofía de raigambre europea se avendría mal con el pensamiento oriental sobre la belleza. Si, por influencia platónica, aquella habría pasado al universo de nuestras concepciones occidentales como una idea atemporal, como una forma incommovible siempre esquiva a nuestro intelecto, esta otra encontraría la belleza como una existencia próxima y móvil, efímera antes que inmarcesible, sensible más que intelectual. La literatura lírica nipona expresa su preferencia por lo que aparece fugitivo: una gota de rocío, un junco ondeado por el viento o un haz de luz entreverado en el velo de una nube... Aquí se honra, explica Erice, el componente temporal de la existencia, menos el ser que el devenir,

lo que sin duda guarda relación con las formas de religiosidad dominantes – taoísmo, budismo o hinduismo– a las que une su predilección por “la filosofía de proceso”. Algo de ese interés por la impermanencia –añade– habría terminado por instalarse en el estudio científico de la biosfera ya que, sin descuido de las especies que integran los ecosistemas, sin perder de vista su número y variedad, la ciencia parece ahora volver la vista al fenomenal despliegue de los procesos naturales y a la comprensión de su abigarrada textura como un todo orgánico y multifuncional.

Por último, Sara Molpeceres, profesora de literatura de la Universidad de Valladolid, devuelve nuestra atención a la tradición literaria europea. El asunto es el Romanticismo, tiempo de eclosión creativa en que la belleza abandona el apresto multisecular de la imitación servil. Aquí la belleza aparece remozada por el genio. Ya no es la razón la instancia suprema. Otras pertenencias de la naturaleza humana –no nuevas sino desusadas– reclaman su fresco ascendente. La imaginación o la fantasía se revelan como realidades refractarias al orden, el equilibrio o la simetría; ahora no importa preservar en los trabajos del arte la vieja compostura de la belleza más común. Cierta frenesí de mezcla con lo absoluto se percibe en las manifestaciones artísticas románticas, pero lo absoluto se sitúa siempre demasiado lejos, a una distancia que ahonda el sentimiento de la tragedia. De ahí nacen el espanto, la ausencia o el horror, realidades del corazón del hombre que adoptan en la expresión artística las formas del cementerio o de la ruina. Lo acabado tiene aire de mediocridad; solo lo que se insinúa y vela retiene el ideal de lo absoluto. Por fin, la ruptura con las formas clásicas supondrá la victoria de lo sublime como categoría estética mayor. Aunque diversamente matizada según el genio y las circunstancias, el encumbramiento de lo sublime modificará la experiencia estética y pondrá el placer lejos de la serena calma de las pasiones. Anne Radcliffe, Friedrich Hölderlin o Caspar David Friedrich son propuestos por Molpeceres como exponentes de esta tradición literaria.